

V CERTAMEN

1.º Premio • Año 2003

El temblor de África

Lorenzo Isaac Luengo Regalado

No era una vida alegre la que llevaba entonces, cuando construíamos el ferrocarril en el Congo central. Creo que lo más divertido fue cuando conseguimos cazar a dos bonobos con una red casera que habíamos tejido uniendo algunas lianas que colgaban de los mangles. Durante la mañana, aburridos como estábamos en nuestro insalubre islote de ciénagas y manglares donde concluían los diez kilómetros de ferrocarril que llevábamos contruidos hasta la fecha, no hicimos otra cosa que fabricar nuestra red anti-bonobos, no sin algún curioso sobresalto, pues Matthews, un poco corto de vista, cogió el rabo de una serpiente negra que le señaló Toynbee y trató de atarla a uno de los cabos abiertos, pero por supuesto no había modo de domar esa cuerda viscosa que se le retorció entre las manos como si tuviese vida propia. Toynbee y los seis porteadores negros que todavía vivían tras los ataques nocturnos de los bonobos -unos pequeños bubumbas caníbales que nos vendieron a precio de colmillo de elefante- se rieron a carcajadas cuando la cabeza de la serpiente mordió el talón de Matthews, y yo también reí cuando Matthews, saltando y chillando con grititos agudos, se rebanó parte del zapato izquierdo, con el dedo meñique dentro, al decapitar a la serpiente después de varios tajazos fallidos. Hacía varias semanas que nuestro médico había muerto -tampoco fue una gran pérdida: desde que empezaron las incursiones de los bonobos en nuestro aduar, no hizo otra cosa que maldecir el calor y emborracharse con el aguardiente de cáscara de patatas que destilábamos en las calderas del vapor-, así que fueron

los portadores negros quienes trataron la automutilación de Matthews, envolviéndole el pie con emplastos de saliva y arcilla y entonando unos cánticos ensimismados que estuvieron a punto de hipnotizarme. Consiguieron detener la hemorragia -por suerte para Matthews, los colmillos de la serpiente no habían traspasado el talón del zapato-, pero sinceramente aquello no tenía buena pinta. Tampoco se les podía exigir demasiado a sus curanderos, considerando lo poco que cobraban y las bajas que estaban sufriendo por parte de los bonobos. Aquella noche Matthews durmió al raso, amarrado a una botella de aguardiente y a su rifle de caza, y nuestra recién construida red, a la que añadimos el versátil cuerpo de la serpiente decapitada, atrapó a dos bonobos que ya acudían al campamento para realizar sus acostumbradas fechorías. Recuerdo cómo se agitaban en los entre-sijos de la red, huesudos como juncos, mirándonos con aquellos ojos alucinados que resplandecían como piedras lunares mientras gritaban algo que hacía musitar a Matthews una ancha sonrisa de pillastre. Recuerdo también las palmas blancas de las manos, cruzadas por arrugas profundas como cicatrices, las nervaduras negras donde se dirimía el ciclo de su existencia. Ese ciclo iba a dar pronto a su fin. Nuestros portadores los mataron a palos, sin sacarlos siquiera de su prisión, y luego les cortaron las cabezas y las ensartaron en un par de picas a varios pasos del aduar, para disuadir de su animosidad nictálope a los bonobos que se atreviesen a acudir durante la noche siguiente con intención de rebanarnos el gaxnate. Toynbee no dejó de observar ni un segundo la laboriosidad de nuestros emprendedores portadores

bubumbas, y luego, con rostro taimado, se quedó mirando las moscas metálicas que sobrevolaban el campamento en nubarrones azules, haciendo horda común con los jejenes. Yo también miré, y vi que, musitando su zumbido somnífero, las moscas ya acudían a abrevarse en las bocas entreabiertas de las cabezas golpeadas, mientras los jejenes ponían sus huevos en aquella franja blanca, como de vidrio viscoso, que asomaba con un temblor pusilánime y líquido entre los párpados semicerrados. Matthews, simplemente, pronunció una palabra ("mugrosos"), antes de propinar otro lingotazo a su botella de aguardiente y sumirse en los laberintos de su sueño etílico.

Toynbee, Matthews y yo nos habíamos quedado vendidos a nuestra suerte en mitad de ninguna parte, junto al médico y los ocho porteadores originales, después de que el vapor que nos suministraba las vías y el balasto para la construcción del ferrocarril se averiara justo cuando descargábamos la última provisión de material pesado. Toynbee había adelgazado unos quince kilos -Matthews y yo seguíamos tan flacos como siempre, si bien él cada día más orgulloso de lo mucho que se le marcaban los pómulos y lo delgadas que tenía ya las piernas sin vello-, y se acabó fabricando unos cordones para sostenerse las gafas alrededor de la cabeza y un cinto que le amarrase al vientre el pantalón caqui del uniforme. El médico, un viejo llamado Crookes, se quedó con nosotros a regañadientes -despidió con gritos de horror premonitorio a los operarios del barco, que tras una rápida y timorata mirada a su alrededor decidieron volver río arriba en busca de una solución al problema,

de eso hacía ya seis semanas-, pero su hastío no lo disuadió de descubrir las habilidades alquímicas de la caldera del vapor. Cuando no se hallaba entregado a la elaboración de su matarratas, solía pasar las horas tendido en una hamaca que había hecho a partir de restos de ropa vieja y había colgado de dos árboles enjutos, sobre los cuales se erigía una cúpula de ramas ubérrimas y hojas fuertemente apretadas que apenas conseguían verter un haz de sol sobre su rostro cada vez más enrojecido y turbulento. Murió de una apoplejía, cuando perseguía una mariposa cangrejo con el salacot en la mano y una botella de aguardiente en la otra. Matthews, que fue el primero en observar que las mariposas cangrejo no existían -pero entonces ¿qué demonios perseguía el doctor?- opinó que lo mejor era enterrarlo, antes de que el hedor a podredumbre se adhiriese a las vaharadas de calor pegajoso con que la selva nos abrazaba, pero Toynbee, erigido en la voz de la sensatez, dictaminó que sería más prudente para todos dejarlo a la depredación de los porteadores, cuyos ojos blancos y redondos ya nos miraban con ganas de emplearnos como alimento, hartos de comer patatas.

El aburrimiento hacía mella en nuestro ánimo, y supongo que fue eso y el calor intolerable -además del aguardiente que trasegaba en secreto- lo que propició que Matthews comenzara la tala de árboles a partir de donde morían las vías, sin importarle un ardite lo que opinásemos Toynbee o yo. Desde entonces escuché a Toynbee mascullar en sueños la idea de largarnos jungla a través, convencido de que el gobierno británico no nos enviaría de vuelta a los esquiroles operarios fluviales ni

querría proseguir las costosas labores de construcción del ferrocarril (claro que en sus sueños tal certidumbre adquiriría unas proporciones ilegibles, dantescas y conspiratorias), pero todavía no se había atrevido a proponer su plan en estado de vigilia, cosa que tampoco me extrañaba: llevábamos tiempo pensando que Matthews nos observaba con una extraña fijeza, casi como si no nos reconociese y tuviese que ahondar en su memoria a la busca de un nombre para aquellos rostros que le salían al paso -unos intrusos en su pesadilla de luz vehementemente y verdor insoportable-, e incluso en ocasiones su curiosidad observadora le hacía conjugar una expresión de espanto y emprender una súbita carrera al interior umbrío del manglar, de donde regresaba algunas horas después, silbando una tonadilla obsesiva con las manos enterradas en los bolsillos. Así que Toynbee no hablaba y yo preferí no oponerme al insensato entusiasmo talaador de Matthews, y sí, por contra, fingir un enorme interés en contemplar la quietud de los porteadores, hasta que también ellos empezaron a contemplar mi propia quietud con ojos tan extraños y divagadores como los de nuestro compañero.

Toynbee era el más sereno de la jungla. A Matthews el calor lo estaba desquiciando. Se rasgaba la camisa y se arrojaba al suelo entre pataletas, luchando contra el aire estancado de la selva, que, según él, lo envolvía con bolsas de basura negras, significara esto lo que significase. Luego se quedaba un rato tumbado allí, bullicioso de jevenes que procedían directamente de las ciénagas al olor secreto de su sangre, sumido en la vegetación de corolas salvajes y fragorosas, fumando un cigarro y

observando el vuelo veloz de unos pájaros indescifrables que dejaban un raigón de colores en el techo de hojas, o bien las lentísimas metamorfosis de la luz entre las ramas de los árboles, mientras las hormigas rojas trepaban su pecho y buscaban un lugar donde horadar sus dormitorios entre el vello hirsuto y canoso que se le clavaba en la piel. Permanecía imperturbable a los mordiscos de las hormigas, como si ya hubiera trascendido nuestra existencia terrenal y viviera en el reino de la locura, sin que acudiera a importunarlo el dolor de la carne mortal. Cuando, supuestamente, ya había tenido bastante, se bañaba en el río junto al vapor averiado y se frotaba la carne con la pasión de una monja que hubiera incurrido en algún vicio solitario. Por supuesto, siempre salía de las aguas condecorado de sanguijuelas, y siempre éramos Toynbee o yo -aunque Matthews, ciertamente, no manifestase el menor disgusto por aquel nuevo complemento de su anatomía- quienes se las arrancábamos del vientre o del pecho, o peor aún, de las venas que le recorrían los muslos como vetas de mármol, donde sólo podía emplearse la punta de un cigarrillo encendido, hasta que la carne se ennegrecía y brotaba un humillo azul que nos embadurnaba con su hedor dulzón y nauseabundo las fosas nasales. Debo decir que por entonces, diez semanas después de que los operarios del vapor se fugasen río arriba para no volver más, habíamos decidido desistir de las patatas, y sólo comíamos algunos cocos podridos que nos traía la corriente, algún lagarto desapercibido de su territorio y -en el caso de los porteadores negros- las moscas azules y las mariposas que nos sobrevolaban con sus vuelos adormecido-

res, elípticos y delicados, como para testimoniar con su belleza errática nuestra minuciosa agonía.

Todo esto sucedió hasta que Matthews se quedó sin camisas. Luego vino lo del hachazo en el pie -cosa que le devolvió por un instante a nuestro mundo de dolor mortal-, y después, tres días más tarde de que cazásemos a los dos animosos bonobos, Toynbee y yo nos dejamos al fin arrastrar por la hambruna y compartimos entre lágrimas un amargo codo de bonobo, pasado -vuelta y vuelta- por las llamas de una hoguera nocturna donde ardían hasta la consunción, en un estallido de colores, algunas libélulas y cantáridas suicidas. Los porteadores no se habían andado con remilgos y, tras la decapitación ritual de los infiltrados, reunieron unas cuantas hojas lechosas que arrancaron de un mangle y envolvieron con ellas los cuerpos sin cabeza, a modo de salazón para cuando el hambre, con sus costumbres adventicias, nos acalambrase las tripas. Ellos empezaron por los dedos de los pies y de las manos, regoldándose sobre todo en los pulgares, que comían con sabrosa y lasciva delectación como si se tratase de socarrados muslitos de pollo.

La pierna de Matthews tenía muy mala pinta, y, de hecho, a los pocos días del remedio de urgencia que le aplicaron los porteadores comenzó a gangrenársele uñas arriba, engullendo el empeine bajo una pátina de violácea y paposa negrura, camino de la tibia. Aun así, Matthews continuó la tala de árboles siguiendo la línea invisible de las vías, abriendo con paso lento pero seguro una senda hacia el otro lado de los manglares sin perder la perpendicular del río. Por el momento, ni Toynbee ni yo nos

decidíamos a relevarlo en su trabajo sonámbulo, tumbado él en la hamaca del doctor y yo en la otra hamaca que habíamos urdido con las camisas desgarradas de Matthews, mientras los porteadores, desinteresados circunstancialmente de nuestras actividades, se tatuaban filigranas azules en la espalda, empleando para ello unas agujas que hallaron en el interior del vapor, el aguardiente casero del doctor Crookes y una resma viscosa que extraían de unas plantas filiformes coronadas por corolas que parecían cabezas de serpientes, asomadas entre los junquillos como esfinges de mirada ciclópea. El calor empezaba a angustiarme. Tenía los brazos irreconocibles por los mordiscos de los jejenos, y sentía la cabeza inflamada bajo el casco, como si fuese en ella y no en las calderas del viejo vapor donde Matthews elaboraba su aguardiente.

-Va a palmarla -dije a Toynbee secamente, meciéndome de lado a lado en la hamaca-. Si no le cortamos la pierna, la palmará.

-Peor que eso -respondió Toynbee, señalando con el mentón la pierna de Matthews-. Oh, vamos, ¿vas a decirme que no te has dado cuenta?

Pero entonces Toynbee cerró los párpados, y yo me quedé un momento mirándole a la cara -el temblor indistinguible de sus labios secos-, como si de esa forma pudiera discernir lo que había querido decir con aquello. Murmuró algo, pero ya por completo inconsciente. Se había quedado dormido, así, sin más. Bajé de mi hamaca casi rodando y me hice a su lado, mareado en parte por el calor y en parte por el mecimiento horizontal al que

me había sometido durante una o dos horas. Notaba las piernas algo débiles, y me pareció que estaban más llenas de pelos que de costumbre. Cuando volví a mirar el rostro de Toynbee, éste tenía los ojos abiertos de par en par, y escudriñaba con una urgencia fanática el techo de hojas fulvas que nos separaba del cielo. Vi un parche de color amarillo en una de sus mejillas, vi también que sus globos oculares tenían un curioso matiz violeta. Pero no estaba despierto. Volvió a cerrar los párpados cuando una gota que resbaló de mi frente cayó sobre la punta de su nariz, estallando en mil gotitas azules de una transparente y prístina belleza hexagonal.

-Está muerto -dijo Matthews, que había llegado junto a mí sin que me apercibiese de ello, con el hacha apoyada en un hombro-. Uno menos. Bum, balan-bam, bam-bum.

¿Estaba cantando Matthews cualquier ocurrencia o era que me hablaba en otro idioma? Me volví hacia él y traté de enfocar la mirada en sus ojos torpes y somnolientos, circundados por unas ojeras moradas que apenas lograban ocultar el entramado de venillas rojas que le recorrían las mejillas.

-No está muerto, Matthews. Estaba tratando de hablarme cuando...

-Con su permiso, señor, y usted está amarillo. Amarillo y con los ojos palúdicos. Qué gracia, ¿de veras puede verme? -Frunció los párpados como para observarme mejor, antes de recular y tejer una sonrisa retorcida-. Bam, balaba-bam, bam-ba.

-No sé qué demonios está diciendo, Matthews.

¿Qué le hace tanta gracia?

Entonces Matthews se puso a bailar, o, si no bailaba, hacía cosas verdaderamente raras. Había levantado las manos al cielo, y de pronto disminuyó de tamaño y se puso a talar árboles, y luego desapareció y volvió a cobrar su forma junto al vapor, o dentro del vapor, o lo sustituía uno de los portadores, mientras otro le tatuaba un símbolo violeta en la espalda empleando un colmillo hueco de bonobo. Entre medias, vi un mono que saltaba por encima de las hamacas y se llevaba con el rabo el salacot de Toynbee, y después al propio Toynbee, partido por la mitad, medio incorporándose en la hamaca que parecía engullirlo o regurgitarlo, musitando unas palabras sordas que apenas lograba entender ("...transformándose... otro bubumba más... ¿no tengan qué comer...?"), hasta que al fin se reunió con el resto de su cuerpo y lo vi ante mí, nítido y perfectamente audible, limpiándose las gafas mientras espiaba con inquietud el vapor, por encima del hombro:

-Oh, vamos, ¿vas a decirme que no te has dado cuenta? -Señaló con un aprensivo gesto de la barbilla la pierna de Matthews, y, tras una pausa, siguió hablando en otro idioma, a fin de que nuestro compañero no nos entendiese-. Míralo bien, está transformándose. Así se empieza siempre, ya lo sabes, por la pierna, o por los brazos. Se está convirtiendo en un bubumba, otro bubumba más. ¿Y qué crees que harán cuando no tengan qué comer?

Debí haber sospechado que algo raro sucedía cuando podía entender con absoluta lucidez lo que Toynbee

decía, a pesar de hacerlo en aquel idioma fricativo que tanto a él como a mí nos era completamente incomprendible. Pero Toynbee parecía comportarse con naturalidad -salvo por la mirada demasiado estática, los globos oculares cada vez más inflamados-, y por otro lado estaba claro que tenía razón, no había más que ver a Matthews caminando tan tranquilo con su pierna de negro. De todas formas no sabía qué decir. Me dolía terriblemente la cabeza, y advertí que el calor que me envolvía ya no surgía sólo de la selva, sino que también lo tenía bajo mi piel, como un huésped -dije para mis adentros- que pusiera la calefacción demasiado alta. Traté de desabotonarme la camisa, pero las manos me pesaban como piedras, y, desfallecido como estaba, hormigueante de brazos y de piernas, sólo acerté a entonar una feble risita.

-Pues dile que la baje -murmuré, mientras por el horizonte veía emerger dos montes gemelos, como elaborados con tierra caliza.

-¿Qué?

Había sido Toynbee, hablándome de nuevo en inglés, pero, por alguna razón, ya no lo veía a él. En su lugar, distinguí una puerta entre los juncos, y vi que la puerta se abría y que los juncos adquirirían una apariencia de estuco amarillo. De los fondos tenebrosos de la puerta abierta, sin más ni más, apareció mi mujer con una bandeja y una limonada, vestida con su camisa de seda roja y una falda tobillera que protegía con un delantal. Aquello no podía ser. Descubrí entonces que las montañas que emergían a lo lejos no eran otra cosa que mis pies cubiertos por las

cobijas, flanqueados por las rizadas volutas barrocas del dosel de caoba donde se sostenía precariamente una mosquitera. Giré la cabeza y vi que en una silla, a mi lado, estaba sentado el doctor Crookes, con los labios fruncidos bajo la barba nemorosa y observando atentamente un termómetro contra la luz de la ventana, que se deshacía en el aire como una nube de polvos de alcanfor.

-Dile... dile que la baje -mascullé, con la lengua paposa. Saqué los brazos de entre las cobijas cuando mi mujer se inclinó para llegarme a los labios la limonada-. ¿Por qué siempre... siempre fueron tan redondos, so puta?

-Qué gracia, está delirando -dijo Matthews, sin esforzarse en imprimir emoción a su voz monocorde-. Es la fiebre, ¿sabe? La fiebre del pantano.

Toynbee consiguió zafarse el rostro pegajoso del acoso de mis zarpas, que me cayeron sin fuerza sobre el regazo. Decidí permanecer con los ojos abiertos, porque, misteriosamente, cuando los cerraba me embargaba un dolor intolerable. Un jején me sobrevoló la cara, empujó las alas a la sombra de mis cejas y, sumergido en su fronda de áspero vello lanceolado, expelió una trompa gigantesca que sacudió sobre mi ojo antes de hincarla con saña en el lacrimal. Traté de espantarlo. El maldito jején se estaba bebiendo mis últimos fluidos, me estaba deshidratando por los ojos y yo no podía siquiera moverme. Al fin, una mano de unos veinte metros se agitó encima de mi ojo y el jején voló dando bandazos, guardó la trompa y desapareció con un zumbido que me recorrió la cabeza en lánguidas piruetas elípticas. Era la mano de

Toynbee. Le pedí que me trajese agua, y eso pareció hacerle mucha gracia a Matthews.

-¿Qué ha dicho?

-No sé -dudó Toynbee-. "Guerra". Tendrá una pesadilla.

Oí una tonadilla mortecina detrás de mi cabeza que se alejaba más y más, camino del manglar, seguida como por el tic-tac de un reloj con péndulos de plomo. Supuse que Matthews había vuelto a emprenderla con sus árboles, cada vez más poseído por la voluntad de su pierna de negro. Toynbee, que se había inclinado sobre mí y me aferraba las solapas, aprovechó entonces para deslizarme en el oído unas palabras salivosas que ardían como la quinina, y que sólo yo podía comprender:

-Ya lo he decidido, Ferdinand... Nos vamos, ahora mismo... Se les ha terminado la carne de matasanos, y Matthews ha intentado llegar a un acuerdo conmigo. No hay duda, está como una cabra.

Trató de levantarme, pero me resistí con un par de manotazos blandos que le alcanzaron el rostro. Algo se me enredó en los dedos, y sentí de pronto un desgarrón entre dos nudillos. Me llevé la mano a la cara y vi que la tenía llena de sangre.

-Mis gafas -oí mascullar a Toynbee-, ay, mis gafas...

-Déjalas, Toynbee -rumié-, no son más redondas que unas tetas.

Toynbee me agarró por las costillas y consiguió levantarme rodeándose el cuello con mi brazo derecho. Hasta entonces no me di cuenta de que había estado

tendido sobre la hierba y no en la hamaca, y tampoco de que llevaba puesto el casco hasta el momento en que éste rodó de mi cabeza y se rompió en dos pedazos contra el suelo. Toynbee resbaló sobre la mancha tumefacta y vagamente amarilla que se extendió bajo las cáscaras del salacot, pero no perdió el equilibrio y, sin soltarme, pudo ganar el paso umbrío del manglar antes de que la pareja de bumbunes que se tatuaban la piel sobre la cubierta del vapor reparasen en nuestra ausencia. Mi oreja izquierda iba surtiendo el suelo de gotitas ácidas que siseaban y se evaporaban en un humo azul al entrar en contacto con la vegetación, que se iba tornando más tupida a cada paso que dábamos. Lo siento, Toynbee, dije, o tal vez sólo lo pensé, siento hacer esto con tus palabras, Toynbee, pero nunca he podido con mis orejas, siempre han preferido a los otros... Toynbee debió de escucharme, o de recibir mi súplica telepática, y me apremió a que siguiese avanzando con hermosas muestras de aliento, aunque ya mis pies se hundían más y más hondo bajo las tercas y ruidosas succiones del fango. También los de Toynbee, sí, pero por lo pronto yo ya había perdido mis zapatos y él aún conservaba los suyos, atados con dos lazadas de mariposa que se mostraban rígidas y acartonadas ahora por el barro. No llevábamos ni veinte pasos en el interior de la ciénaga cuando de pronto estalló un disparo a nuestra espalda. Varias bandadas de pájaros cruzaron como relámpagos el cielo oprimido de la jungla, mezclando sus colores tropicales por un segundo y espolvoreando sobre nuestras cabezas una delicada luz blanca que quedó prendida al borde dentado de las hojas durante unos instantes, antes de apa-

garse. Ante nuestros espantados ojos cayó de los cielos un pequeño mono cometa, que nos miró con sorprendente contrariedad -una manita todavía levantada nos decía adiós, adiós- mientras era engullido lentamente por el barro. El siguiente disparo arranco unas hojas lechosas junto a la oreja derecha de Toynbee, y al momento ambos nos arrojamus al suelo, por decirlo así, aunque lo cierto es que yo me caí sobre el fango cuando Toynbee me soltó para buscar la alianza de la vegetación contra las balas. Oímos a lo lejos los gritos oblicuos de Matthews, que hicieron soltar chillidos y gruñidos a los bulbules y los macacos invisibles que se apretaban aterrORIZADOS contra los troncos:

-¡Vuelva, señor, no sea idiota! ¡Toynbee sólo pretende comérselo, sólo lo quiere todo para él!

Disparó dos veces más, supuse que en esta ocasión al aire. Había unos nenúfares blancos sobre el fango, y en uno de ellos se posó una libélula cuyas alas, veteadas por una infinidad de nervaduras azules que se ramificaban hasta componer como un tejido de colmena, debían medir por lo menos un palmo. Volví a escuchar la voz de Matthews, y la libélula, con un arqueo ocioso del abdomen, levantó pesadamente el vuelo.

-No puede vernos -fue lo único que dijo Toynbee.

Decidió que lo más prudente era aguardar allí hasta que Matthews se aburriese de pedir el regreso de su pitanza. Yo no tenía la menor intención de levantarme. Sabía que sin el auxilio de la quinina moriría en unas cuantas horas, y, aunque no quisiera reconocerlo, Toynbee no tenía suficientes frasquitos de dosis como

para redimirme de lo inevitable. Al menos sentí como poco a poco me iba recuperando -o al menos una cierta lucidez a contrapelo del sueño-, y supuse que era ya de noche cuando continuamos nuestra fuga del campamento bubumba. No se oían más que misteriosos y trémulos zumbidos, el susurro inmediato de algún ababol con pesadillas, el murmullo del agua cada vez más remota, los eruptos de la ciénaga que levantaban de pronto un estallido de barro y propagaban un tibio vapor palustre en el aire... Yo caminaba sin fuerzas, con la boca abierta, manteniendo una vaga verticalidad errática que se dejaba conducir por el peso oscilante de los brazos yertos, mientras fijaba la mirada en la espalda de Toynbee para no perderme. Pero -curiosamente- ya empezaba a olvidar quién era Toynbee, y por qué lo seguía. Ignoraba también si había extraviado su camisa en algún lugar de las ciénagas, pues lo cierto era que su piel nunca me había parecido tan lustrosa y brillante como ahora, ni tan estilizada por el bajorrelieve de su musculatura que semejaba recién recuperada tras tantas semanas de penurias. Murmuraba cosas sin sentido, girándose a cada rato para hacerme llegar sus palabras, pero ya hacía tiempo que me había rendido a la evidencia de que no le entendía una sílaba. Me fijé en que también él iba descalzo, aunque su andar era más rápido que el mío, y sólo soltó un quejido agudo y una maldición indistinguible cuando tropezó al descender a toda prisa por un camino pedregoso. Cada vez me importaba menos qué demonios estábamos haciendo allí, y, como un efecto lateral de mi indiferencia gregaria, me sentía más y más unido por una suerte de intimidad repentina a la selva que nos rodea-

ba. No sé de qué me estaba riendo cuando mi compañero alzó el brazo para que detuviese la marcha, tal vez del crecimiento de una orquídea en un cuadrado de tierra especialmente seco. A varios pasos de nosotros resplandecía una fogata, y distinguí en las truculencias de la luz varios rostros sedentes que contemplaban las facetas del fuego con ojos melancólicos, como rememorando su niñez. Toynbee me dirigió una sonrisa de dientes caninos y masticó una palabra algo ronca que no me hizo falta entender para saber lo que significaba. Aquellos hombres de la fogata sólo podían ser expedicionarios blancos -columbré una hamaca, una tienda de campaña harapienta levantada contra la intemperie tropical-, y sin duda poseerían vituallas y provisiones suficientes como para pasar sin privaciones su estancia en la jungla. Nos arrastramos entre la vegetación, que abría sus hojas sin aspereza y nos acogía como una vulva, cálida y palpitante, hacia el turbio claro donde los expedicionarios miraban sin demasiado ánimo los aspavientos de la hoguera, y yo señalé la nave que boqueaba exhausta a la orilla del río, como una pantera recién parida. Todo lo que vi fue que mi compañero asentía, pero entonces, justo cuando ambos nos dirigíamos allí, cayó sobre mí una gigantesca serpiente negra, o no, no una sino varias serpientes enormes que se enlazaban entre sí..., o más bien (sí, en efecto) no eran serpientes, sino una red de lianas entretejidas que nos atraparon a mi compañero y a mí entre sus ojos urdidos un poco torpemente, o con desidia, a juzgar por las junturas mal trabadas por las que pude escapar un brazo y parte de una pierna. Los expedicionarios blancos corrieron hacia nosotros como si acaba-

ran de cazar una pieza exquisita, y yo me reí con ganas pensando en el chasco que iban a llevarse al vernos a nosotros dos allí metidos, tan blancos y tan hambrientos como ellos (ya no me cabía la menor duda de que, al igual que nosotros, carecían de provisiones). Lancé por encima del hombro una sonrisa para Toynbee, pero cuál sería mi sorpresa al ver que a mi lado ya no estaba Toynbee y que su lugar lo ocupaba un negro de rasgos bonobos, idiotizado por el fulgor cavernícola de la hoguera en la que reposaba su mirada de ojos alucinados y blancos como una piedra lunar. Me asusté, me asusté de veras, sobre todo cuando vi al hombre de la hamaca oculta aproximándose a nosotros, amarrado a una botella y a un rifle y barbotando espumarajos fungosos por la boca que ejercían el papel de improperios o de maldiciones. Presa del pánico, intenté explicarme, asegurar que había una confusión, que yo no conocía de nada a aquel negro con quien compartía la red, que mi amigo era tan blanco como yo y se llamaba Toynbee, Toynbee, pero, por más extraño que parezca, ningún sonido salió de mi boca, o al menos ningún sonido que yo reconociese, pues todo eran gritos y ululatos oclusivos que me parecieron prehistóricos. Nos rodearon seis cabezas negras y tres blancas, y siete de ellas sonreían con una risita llena de malicia. Anda, todo vuestros, paladeó una de las cabezas blancas. Y entonces las seis cabezas negras la emprendieron a palos con nosotros.